

# LA CONVERSIÓN DEL ENTENDIMIENTO A LA VERDAD

*«Viam veritatis elegi» (Sal. 118)*  
(Escogí el camino de la verdad)

**H. PEDRO PABLO SILVA OSB**

*El Médano — Santa María de los Ángeles,  
28 de enero, año del Señor 2002,*

*Fiesta de Santo Tomás de Aquino.*

## INTRODUCCIÓN

### «EL AMOR AUTÉNTICO VA ACOMPAÑADO POR LA VERDAD» (S.S. JUAN PABLO II)

San Pablo hablando contra los peligros que sobrevendrán en los últimos tiempos, le escribe a Timoteo: «Ten presente que en los últimos días sobrevendrán momentos difíciles; los hombres serán egoístas, avaros, fanfarrones, soberbios, difamadores, rebeldes a los padres, ingratos, irreligiosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, despiadados, enemigos del bien, traidores, temerarios, infatuados, más amantes de los placeres que de Dios, que tendrán la apariencia de piedad, pero desmentirán su eficacia. Guárdate también de ellos.

... Así también éstos se oponen a la verdad; son hombres de mente corrompida, descalificados en la fe.

Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, por su Manifestación y por su Reino: Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina. *Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana*, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; *apartarán su oído de la verdad* y se volverán a las fábulas. Tú, en cambio, pórtate en todo con prudencia, soporta los sufrimientos, realiza la función de evangelizador, desempeña a la perfección tu ministerio» (2 Tim 3,1—5. 8; 4, 1—5).

En la 2 Tes, hablando San Pablo de la Parusía y sus señales precursoras dice: «La venida del Impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán a los que se han de *condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado*. Por eso Dios les envía un poder seductor que les hace creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad» (2 Tes 2,9—12)<sup>1</sup>.

El CEC, por su parte, en el párrafo que todos conocemos referido a la última prueba de la Iglesia, dice: «Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf Lc 18,8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf Lc 21, 12; Jn 15, 19—20) desvelará el “Misterio de iniquidad” bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas *mediante el precio de la apostasía de la verdad*. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo *en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en carne* (cf 2 Tes 2, 4—12; 1 Tes 5, 2—3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18. 22).

A la hora de decidir sobre qué tema debía hablarles en esta Conferencia, pidiendo luz al Espíritu Santo, he pensado —dentro de lo que el Señor, en su Providencia divina me ha ido transmitiendo a través de los Padres y Maestros que ha puesto en mi camino—, en aquello

---

<sup>1</sup> Este lenguaje que a nosotros nos parece duro y «falto de caridad», es el lenguaje bíblico y propio de la tradición católica bimilenaria. Hoy ya lo desconocemos, sobre todo si no hemos leído un buen número de textos de los Padres y los grandes autores de la Iglesia; y si lo empleamos, se nos tacha de prepotentes.

que les pudiera ser más útil para fundamentar sobre roca su vida espiritual, para la misión que Dios les ha encomendado; he pensado en aquello que les ayude a reflexionar y abrir su mente a las raíces que sustentan los graves problemas que enfrenta el mundo actual, aquellos problemas que llevamos en nosotros mismos y que tantas veces no los vemos, pero sí nos sorprendemos de que las cosas anden como andan, sobre todo si las comparamos con otras épocas de la historia, cuando sabemos algo de historia.

También quiero decir —siempre a modo de introducción— que una de las cosas que caracteriza a la Iglesia de nuestra época, a diferencia de las anteriores —que ha sido una constante— es la falta de preocupación por una reflexión de los textos bíblicos que se refieren a los últimos tiempos. Pasan hoy día habitualmente desapercibidos. Los grandes Padres y autores de la tradición católica se han detenido en este tema fundamental del fin de los tiempos y las señales que lo acompañarán; reitero que esto ha sido constante, salvo en nuestro tiempo, donde hay un silencio elocuente respecto a estos textos. He citado sólo unos pocos en esta oportunidad —hay muchos—, no porque se refieran a los últimos tiempos; no es el tema de la Conferencia, *sino por los comportamientos humanos denunciados por ellos*, que aparecen relacionados con estos tiempos postreros, y que, según me parece ver, no andan lejos de lo que vemos hoy día.

Los autores espirituales que vengo leyendo en el año pasado —San Bernardo, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús—, insisten unánimemente en la necesidad de conocerse a sí mismo para poder progresar en el camino de unión con Dios. Sin esto no se avanza; y sabemos que la manera de lograrlo es conociendo mejor al Señor; Él nos da luz que necesitamos para conocernos a nosotros mismos. «Es Cristo quien revela al hombre lo que es el propio hombre», según feliz palabra del Concilio Vaticano II; o bien, recordamos la conocida frase de San Agustín: «Noverim te, noverim me<sup>2</sup>».

Pues bien, quiero hoy día hablarles de la enfermedad que padece nuestro mundo contemporáneo; aquello que está en la raíz de lo que estamos viendo, o bien no lo vemos; pero sí lo vivimos, y lo sufrimos. Porque debemos tener conciencia que nosotros no estamos en una especie de isla que nos tenga inmune de los males que padece el ambiente en el cual somos, nos movemos y existimos; no debemos caer en la tentación de pensar que las heridas que padecen los hombres de este tiempo, y nosotros, se han curado con solo traspasar los muros de la clausura de un Monasterio o de un Seminario. Sería pura ilusión pensarlo. Y nosotros no lo pensamos así. Es más humilde aceptar de entrada que estamos enfermos, que padecemos la enfermedad de nuestros contemporáneos, como quien en Santiago, por vivir allí, respira el smog que es propio del aire de la capital. El punto está en si tomamos suficientemente en consideración la aplicación de la medicina que necesitamos para curarnos.

Precisamente estos días estoy leyendo el libro de Jacques Maritain, *Los tres reformadores*, donde postula que los Padres del mundo moderno son Lutero, Descartes y Rousseau —tesis plausible pero en parte discutible. Las citas que trae de Lutero perfilan un personaje increíble; me atrevería a decir, no sólo poseído de mal espíritu, sino que diabólico. Si no las hubiese leído, no las creería, porque superan lo imaginable<sup>3</sup>. Este es el Padre de los

---

2 «Conocerte, conocerme».

3 Quería leerles alguna en este trabajo, pero la verdad es que no quiero mancharlo con ellas. Quien las quiera leer, me puede pedir el libro, que ando con él.

luteranos... Conversando de estas cosas con el P. Mauro, le decía cuán bueno era que Maritain hubiese escrito un libro así tratando de llegar al núcleo de los problemas del mundo moderno; pero, a fin de cuentas, sus hijos absorbieron todos el espíritu y las ideologías que en ese libro denuncia<sup>4</sup>. Y ¿por qué? Porque él las llevaba en sí mismo sin saberlo. Y esto nos puede suceder a nosotros mismos; después nos asombramos de que nos salgan nuestros hijos espirituales de «otro pelaje» ideológico, por decirlo así. Que en el Seminario se estén ordenando sacerdotes, o en un Monasterio haciendo profesión solemne monjes o monjas que, el día que sustenten cargos de responsabilidad nos den la alegría de deponernos de los nuestros, para enviarnos a la santa quietud de la celda (por decirlo con lenguaje cartujano).

El tema de la pureza de los principios es capital y hay que revisarlo. A propósito de esto vienen bien dos citas del pensador español Donoso Cortés que vale la pena conservar en la memoria y meditarlas. Refiriéndose a los políticos decía: «No existe error político que no tenga de fondo un error teológico»; y a los moderados les agregaba: «Abonáis los principios y abomináis las consecuencias». Así cuando Maritain, al fin de sus días, convertido en un Hermano de Charles de Foucauld, escribió el conocido libro *El paysan de la Garrone*, donde reconoce en parte sus errores, sus hijos lo desconocieron y apostataron de su padre. Él, en parte se convirtió, pero ellos se lanzaron por el mundo a «predicar» el mensaje del consenso, de la conversión del mundo a los principios de la Revolución francesa, en nombre del Evangelio. Maritain había abonado —con toda seguridad, sin quererlo— estos principios...

Hay también otros elementos a considerar en esta introducción. En las voces de los profetas de nuestro tiempo —me refiero a los buenos, a aquellos que están empeñados en el bien de la Iglesia, de los países, del mundo en general—, llama la atención qué pocos son los que hablan de la herida mortal que padece el hombre contemporáneo. Hay algunos que lo hacen, pero son los menos. Veamos algunas afirmaciones:

Le preguntan al conocido filósofo español Julián Marías:

Hay quienes ven con preocupación el hecho de que la caída de las ideologías ha introducido en el campo del pensamiento una suerte de desconfianza paralizante. El pensamiento parece inclinarse hoy hacia el escepticismo<sup>5</sup> y hacia el pragmatismo<sup>6</sup>. ¿Le parece a Ud, esto un diagnóstico cierto de lo que sucede?

R:/ «Yo desde luego afirmaré lo contrario, que lo único verdaderamente útil es la verdad... Tengo la impresión que estamos entrando en una decadencia, si es que no estamos ya adentro. Y claro, las decadencias son peligrosas porque se entra en ellas y...¿cuándo se sale? Al cabo de unos años o al cabo de unos siglos. A mí esto me parece aterrador, y creo que si uno se da cuenta de las cosas, se pueden evitar. Yo tengo una creencia muy arraigada: *cada forma de vida histórica que va bien, que es valiosa, tiene detrás un acierto intelectual; cada calamidad, cada desastre tiene detrás un error intelectual, que es fácil de ver a posteriori...*

---

4 Nunca lo he escuchado dicho de esta manera, pero me atrevo a afirmarlo: siendo Maritain el patriarca de la DC, es en buena parte responsable del papel nuclear que ha tenido este partido en la pérdida contemporánea masiva, por la vía de la política, después de la Segunda guerra mundial, de la fe católica, a nivel personal y en la estructura de la sociedad, en países como Francia, España, Italia y Chile. Una vez que ha cumplido su cometido, este partido desaparece, como ha sucedido en estos países y está pasando en Chile.

5 Es decir, que no se puede conocer nada con certeza.

6 Lo verdadero es lo que es útil.

Pero si uno analiza las cosas, se pueden ver en el presente y por tanto anticipar el futuro»<sup>7</sup>. Se podría agregar, evitando la calamidad.

En el Sínodo de los obispos que posteriormente dio origen a la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, algunas voces se alzaron con claridad y valentía:

«En una sociedad cada vez más compleja y especializada, caracterizada por una visión secularista y materialista de la vida, en la cual los centros de influencia se ponen fuera de la familia y de la comunidad parroquial, se torna muy difícil para el sacerdote vivir plenamente la fe y cumplir su misión, sin una fuerte mística. Por eso, toda la vida del seminario debe ser un convite al sacerdocio y a alimentar la vocación sacerdotal. Si hay seminarios que no forman sacerdotes llenos de ardor apostólico y capaces de resistir al mal del mundo, es porque les falta la dimensión mística. Hay seminarios que se secularizan, perdieron el sentido de lo sagrado y se transformaron en simples pensionados de alumnos de filosofía y teología...

«La fe que procura su inteligencia en el estudio teológico, estará constantemente amenazada si no está basada en sólidos principios filosóficos. A pesar de eso, en algunos seminarios, la filosofía de Sto. Tomás es substituida por las ciencias sociales, sin una relación clara con la verdad revelada. Mas *sin principios filosóficos seguros, no es posible formar una conciencia crítica de los seminaristas, la cual es indispensable para enfrentar las innumerables corrientes de pensamiento y las ideologías que caracterizan nuestro tiempo, y para una reflexión metódica segura sobre los datos de la fe.* Este Sínodo debe insistir en la necesidad de una formación filosófica en los seminarios»<sup>8</sup>.

Y un último testimonio proveniente del mismo Sínodo, de un obispo de la Iglesia del silencio, de Letonia, cuando recién había caído el muro de Berlín. Nótese que usa el lenguaje bíblico y tradicional:

«El vínculo de la unidad del clero diocesano es constituido por la obediencia. La fuerza de la Iglesia reside en la unidad, y en el buen testimonio para el mundo y los otros cristianos. Nos preguntamos dónde es que se realiza tal unidad, sino en el ámbito de la Iglesia católica, en torno a Pedro y que, como piedra, es su cabeza y su fundamento. A pesar de eso, ahora que ha sido publicado el nuevo Catecismo —el Libro de la doctrina oficial de la Iglesia— inmediatamente se tornó objeto de críticas, también de parte de los católicos. En el ámbito de las familias normales no existe atmósfera crítica. ¿Quién eran los hijos de esta familia? ¿Quiénes los alumnos de este Seminario donde el profesor—teólogo no estaba en sintonía con la Iglesia?

«¿Mas qué dicen las Escrituras? "Quien no oye la Iglesia, sea para ti considerado como un pagano o publicano". Excelentísimos Padres, expulsad de vuestros Seminarios los "paganos y publicanos", y habrá paz entre vuestros fieles»<sup>9</sup>.

Esto que dice Mons. Pujats ya lo afirmaba San Pío X cuando decía que un buen Seminario era la fuente de progreso espiritual y humano de un país; y uno malo, la causa de su ruina (lo digo con mis palabras, pero el sentido era éste). Lo mismo debe decirse de los Monasterios.

Tengo varias citas más que por ahora dejo, porque me parece que con lo dicho hay suficiente material como para ver por dónde va el problema. El Papa lo dice muy sencillamente en menos de dos líneas. «Una lectura cristiana de la presente situación cultural

---

7 Julián Marías en Jaime Antúnez, 3ª Crónica de las ideas.

8 Freire Falcao, Cardenal José. *OR 14.10.90, ed portuguesa*

9 Mons. Janis Pujats, Arzobispo de Riga, Letonia. *OR 573 n° 44 / 29.X.94.*

no puede dejar de denotar su profunda crisis, que es sobre todo una crisis de la razón». <sup>10</sup> Vamos a pasar ahora al análisis de la enfermedad a la que nos venimos refiriendo.

## EL ENTENDIMIENTO DEL HOMBRE HERIDO POR EL ORGULLO CONVERTIDO EN IDEOLOGÍA

«QUIESCIT INTELLECTUS IN VERITATE» (Santo Tomás de Aquino)

En una conferencia muy hermosa, pronunciada por Jacques Maritain en Avignon el 20 de octubre de 1923, con motivo del aniversario de la canonización de Santo Tomás <sup>11</sup>, dice:

«El mal que sufren los tiempos modernos es ante todo un mal de la inteligencia; comenzó por la inteligencia y ahora ha llegado hasta las más profundas raíces de la inteligencia. ¿Por qué admirarnos si el mundo aparece como envuelto por las tinieblas? *Si oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit* <sup>12</sup>. Si esto es válido «materialiter», <sup>13</sup> cuánto más para la razón humana.

De la misma manera que en el primer instante del pecado se rompió toda la armonía del ser humano, por cuanto había sido violado el orden de la razón sometida a Dios, así también, en el comienzo de todos nuestros desórdenes podemos apreciar, por de pronto y ante todo, una ruptura de las normas supremas de la inteligencia».

Recordarán en el Retiro que hicimos en el verano del año 2000, cuando en la Conferencia titulada «La esperanza del Reinado de Cristo ante la evolución histórica de las naciones, desde su identidad cristiana a la apostasía actual», en el capítulo consagrado al *Antiitinerario del mundo moderno*, el n° 5 se titulaba «Quiebra de la síntesis medieval en el siglo XIV, donde debe situarse el origen del proceso que ha conducido al mundo moderno», allí estudiamos «La quiebra de la metafísica en el siglo XIV», y luego, «La inversión ser — pensar, un paso decisivo en el camino de la secularización». No voy a repetir lo que ya está dicho, porque se puede leer, pero me interesa ahondar hoy día más en este tema.

La cuestión fundamental de la que tratamos es la relativa a la realidad vitalmente compleja y compuesta del conocimiento del hombre, es decir, cómo el hombre conoce las cosas; algo que todos hacemos, pero que desde Descartes, principalmente venimos haciendo mal. Las corrientes filosóficas herederas de Ockham y Descartes han quebrado y herido la capacidad natural del entendimiento para conocer la verdad; verdad manifestada en el lenguaje mental que profiere nuestro entendimiento paciente que dice que las cosas con, y lo que son: que tienen acto de ser, y por lo tanto existen, y su esencia. El problema reside en que la negación del lenguaje mental del concepto y del enunciado judicativo, es decir, del juicio, invalida la verdad permanente de toda ciencia y filosofía, anula de raíz el significado de toda afirmación dogmática racional o revelada y deja sin posibilidad de ser reconocida como universalmente válida toda norma moral o jurídica, y destruye como un sueño irrealizable el ideal de una

---

<sup>10</sup> 10.12.94; OR 50.

<sup>11</sup> *Antología de 20 años de Cristiandad*, p. 837.

<sup>12</sup> Tr. «Si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas».

<sup>13</sup> Entendido en el sentido literal.

sociedad universal de hermanos en Cristo. Ni más ni menos. Digámoslo de otra manera y bajo otra perspectiva, tomando en consideración la Encíclica *Fides et Ratio*:

¿Qué sucede si a la razón humana le es negada su capacidad natural de conocer la verdad; más aun, si se le niega su capacidad de elevarse al conocimiento de Dios, como sostiene San Pablo en Rom 1, 20 = Agnosticismo?

Por otra parte, en lenguaje actual se dice, *con mucha convicción* que: «no se pueden hacer afirmaciones absolutas; o que «todo es relativo u opinable» = relativismo; o que «todo depende del cristal con que se lo mire» = subjetivismo, o que «lo que no es demostrable científicamente, no es verdadero» = científicismo; o que «el criterio de valor respecto a las cosas y las personas es su eficacia» = pragmatismo; o que «todo debe ser dominado por la técnica» = tecnicismo; y al final de este camino, que «no puede saberse nada» = escepticismo.

¿Qué sucede si aquel núcleo de conocimientos filosóficos que constituyen el fundamento, la base de sustentación por decirlo así, de todo razonamiento sano y normal es removida; me refiero a los llamados «Preámbulos de la fe», sin los cuales no se puede creer? Pensemos, por ejemplo, en el principio de no—contradicción: Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo respecto. Pensemos en el principio de causalidad: Todo efecto proviene de una causa. Lo mismo digamos para el principio de finalidad: Todo agente actúa movido por un fin; consideremos la concepción de la persona como sujeto libre e inteligente. Pensemos en algunas normas morales fundamentales; en la capacidad del hombre de conocer a Dios, la verdad y el bien (cf. FR 4).

Sin el reconocimiento de estos principios, que el Papa llama «una especie de patrimonio espiritual de la humanidad» (FR 4) —por tanto, válidos para chinos, siberianos, pehuenches y santiaguinos—, no se nos abre el horizonte de la salvación —no podríamos asentir a la Trinidad, a la Encarnación, al sacrificio eucarístico, a la autoridad de la Iglesia, a la infalibilidad pontificia—, porque habríamos perdido el sentido común y la posibilidad de vivir en serio el orden salvífico. Si se niegan estas verdades racionales<sup>14</sup>, se deshace todo el orden sobrenatural, porque la gracia presupone la naturaleza, no la excluye, sino que la perfecciona. El sujeto que la gracia eleva a participar de la naturaleza divina, es el hombre en su naturaleza racional. En este sentido, refiriéndose a nuestro tiempo, dice el Papa estas graves palabras: «No se puede negar que este período de rápidos y complejos cambios expone especialmente a las nuevas generaciones, a las cuales pertenece y de las cuales depende el futuro, a la sensación de que se vean privadas de auténticos puntos de referencia. La exigencia de una base sobre la cual construir la existencia personal y social se siente de modo notable cuando se está obligado a constatar el carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia. Sucede de ese modo que muchos llevan una vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber lo que les espera» (FR 6).

Una vez que estos preámbulos de la fe han sido suplantados o trastocados por otros, la predicación o es inútil o no da fruto. La fe no tiene donde apoyarse. No hay sujeto. Es querer

---

<sup>14</sup> De hecho se las va destruyendo progresivamente en la mente de los niños, adolescentes y adultos a través de la TV.

construir un edificio o con un fundamento defectuoso o, simplemente sin que exista un lugar donde hacerlo. Pongamos un ejemplo: Si todo fuese relativo o si no se pudiesen formular afirmaciones universales y verdaderas, simplemente San Juan Bautista o Santo Tomás Moro habrían muerto en vano al dar su vida por la indisolubilidad del matrimonio; Santa Bernardita no podría haber defendido frente a su Párroco la veracidad de aquella aparición en Lourdes, etc. Veamos la situación contraria: En mis tierras del Maule, la gente del campo tenía un sentido común fuertemente arraigado. En su vida moral, tenían sus caídas —infidelidades matrimoniales, alguno que otro hijo «suelto» por ahí—, pero a nadie se le ocurría dudar de la indisolubilidad del matrimonio, no habían divorcios, ni abortos, ni críticas agrias al Papa o a los obispos por temas del orden moral. Son cosas, en ese contexto impensables. Por tanto, había allí un sujeto bastante apto para la evangelización. Lamentablemente la iglesia de Linares es pobre en clero y las sectas evangélicas encuentran el campo abonado.

Si aceptásemos, por dar otro ejemplo, que el hombre no puede elevarse hasta Dios por el conocimiento analógico de la creación (Rom 1, 20), y, creyésemos que la religión cristiana está fundada sobre la experiencia íntima y subjetiva del alma, por una cierta intuición del corazón —todo lo cual afirma el modernismo, basado en la filosofía de Kant—, simplemente no podríamos profesar coherentemente el Credo el domingo en la Misa. Con tales premisas, la filosofía pasaría a ser entonces una cosa subjetiva convencional, cada persona dice lo que bien le parece, y así desaparecería el dogma (dogma es una verdad directamente revelada por Dios y propuesta como tal por la Iglesia para ser creída por los fieles (Dz 1792)), y la Revelación podría ser tomada como algo puramente de sentimiento, como una práctica religiosa, etc.

Recapitulando, es más común que hoy día la gente pierda la fe no porque tengan dudas serias y fundadas sobre la Trinidad o la Presencia real de Cristo en la Eucaristía, u otro misterio, sino porque en las Universidades, a través de los medios de comunicación social, en los programas de los colegios, o, simplemente en el ambiente en que vivimos se ha procedido a acabar con estos preámbulos de la fe, y se han transmitido —la mayoría de las veces implícitamente— sistemas filosóficos que son incompatibles con ella<sup>15</sup>.

De aquí no se puede esperar ni vida cristiana fructífera, ni camino de santidad, ni vocaciones, ni perseverancia. Afortunadamente los hombres somos inconsecuentes, y, con la ayuda de la gracia, podemos ir siendo curados de nuestra mala formación, por una adhesión cada vez mayor a la fe. La gracia es lo que sana y eleva a la naturaleza. *¡Es lo único que en definitiva cura lo más profundo de nuestro ser!*

Por último quiero referirme a un tema en el que vengo reflexionando desde hace tiempo relativo a la evangelización. Con don Jaime Antúnez conversábamos acerca de buscar un modo adecuado a la transmisión del Evangelio que lograra traspasar una especie de barrera con la cual vienen protegidos e inmunizados nuestros fieles al asistir a Misa, precisamente

---

15 Pensemos, por citar un ejemplo, en la amplia difusión del positivismo en nuestro continente iberoamericano. En Brasil, un país católico con una situación social que clama al cielo, el lema de la nación es el de Augusto Comte, Padre del Positivismo: «Orden y progreso». En Chile, el positivismo entró por la Academia de las Bellas Letras creada por José Victorino Lastarria y empezó a impregnar la intelectualidad chilena, de la cual eran asiduos Manuel Antonio Matta, fundador del Partido Radical, Benjamín Vicuña Mackena, Barros Arana, José Manuel Balmaceda, Valentín Letelier, etc (Gonzalo Vial, *Historia de Chile*, I—I, Santillana, Santiago 1981).



por lo que más atrás se ha dicho. Es decir, la cultura actual crea un especie de escudo mental que impide que la gente pueda entrar en el núcleo de la Palabra de Dios. Yo lo veo domingo tras domingo, la gente frente a la predicación se va casi como ha llegado. En los predicadores no hay vigor mental; lo que dicen no remece las conciencias; no penetra por las junturas hasta la médula y el tuétano provocando o una conversión o un rechazo de la Palabra —que es lo que vemos que sucede con Nuestro Señor y los apóstoles, según se lee en el Nuevo Testamento y en toda la Sagrada Escritura.

Hoy en el mundo de la filosofía se habla del «pensamiento débil», para referirse a como ya no se cree que el entendimiento sea capaz de verdades ciertas. Pero yo pienso que esa expresión es adecuada para indicar una debilidad mental que conlleva una pérdida de la fuerza de la palabra, no sólo de la predicación, sino a cualquier nivel. La palabra humana ya no es creíble. Me asombra constatarlo cada día en las relaciones de cualquier orden. Se dice una cosa y se piensa o hace otra; se promete algo, y no se cumple, y así sucesivamente. A diferencia de la E. M., hay que estar haciendo contratos para todo porque la palabra ha perdido su valor vinculante. Fue una de las cosas que más me impactó cuando volví de la Cartuja. La otra, conexas con ésta, es la dispersión mental, la falta de unidad y de síntesis en la que viven todas las personas. Todo esto tiene que ver con la deformación filosófica, con la metafísica que se tenga asumida; con la metafísica de la cultura del mundo contemporáneo.

Me parece que con lo dicho, es más que suficiente para que caigamos en la cuenta del problema que nos ocupa y de las devastadoras consecuencias que conlleva. Pasemos ahora a analizar el remedio adecuado a tal enfermedad.

Por tanto, ya adentrándonos en el capítulo siguiente, quiero dejar asentada la convicción de que en la actual crisis —en que la teología niega sus principios, y la hermenéutica desconoce y desintegra la fe y la doctrina católica—, es factor decisivo la pérdida en el plano filosófico de la validez del entendimiento humano y de la razón especulativa como manifestativa de la verdad.

## **FORMARSE O VIVIR EN EL ERROR**

El remedio: la verdad; la medicina: la gracia divina y el estudio; el médico: Santo Tomás de Aquino

*«JE N'AI JAMAIS CHERCHÉ QUE LA VÉRITÉ» (Santa Teresa de Lisieux)*

Si nosotros tomamos conciencia del alcance que tiene el tema que tratamos, y cómo la enfermedad del entendimiento, de alguna manera, nos alcanza a todos, entonces comprenderemos fácilmente la necesidad de tomar los medios necesarios para curarnos. Y aquí, poniendo como base la vida espiritual, la curación «in radice» que produce la gracia divina —tema al cual no me refiero en esta oportunidad— es necesario tratar el tema de la formación.

Cuando se habla de la necesidad de la filosofía en el proceso formativo, hay que dejar en claro que nos estamos refiriendo a una materia que pertenece al orden natural, y, por lo tanto, no salvífico; materia incapaz de liberar al hombre del pecado, ni menos de elevarlo a la dignidad de hijo de Dios, pero, sin embargo, imprescindible.

Para el estudio de la filosofía no se requiere una especial vocación, sino la madurez normal de la edad juvenil o adulta, en las que se hace patente esa maravilla del talento metafísico espontáneo que Dios da, de ordinario, a todos los hombres. Pero la convicción de la necesidad del estudio de esta materia tiene su fundamento en la constatación del bien que hace a los jóvenes y de la necesidad que de ella tienen ya de por sí, y, además, ante la avalancha de mitos, tópicos, relativizaciones, etc. que a diario se les viene encima. Toda persona necesita para vivir de certezas y seguridades. Y es voluntad de Dios que incluso el mismo acto de fe por el que el creyente asiente a los misterios más altos de la Revelación —acto que no puede fundarse en evidencia racional alguna—, sea precisamente «de modo fácil, con firme certeza y sin mezcla de error alguno». Y esto sucede, justo, «por la iluminación e inspiración del Espíritu Santo, que da a todos suavidad en consentir y creer a la verdad», como enseña el Vaticano I (Dz 1786. 1791).

De modo análogo, es también voluntad de Dios que el hombre alcance certezas con su razón. El Creador, al dotar al hombre de inteligencia, lo destina a captar la verdad de las cosas que están en su horizonte racional, a captar lo que las cosas son. Y ni siquiera la herida del pecado —que debilita, sí, la inteligencia y voluntad humanas— llega nunca a frustrar del todo esta natural capacidad.

Una certeza racional básica decisiva es la de la conciencia moral, la que llamamos comúnmente «voz de la conciencia», ese misterioso tribunal que se asienta en el alma de cada persona y juzga del bien y del mal, de la conducta propia y de la de los demás, no según el capricho e interés suyo, sino según normas objetivas, inscritas por el Creador en el corazón de cada hombre (no corresponde a la conciencia juzgar las intenciones, pero sí de lo que tienen de objetivo las conductas).

Pese a que, por cierto, nunca llega a extinguirse la luz natural de la razón y, por lo mismo, nunca puede del todo desaparecer la «voz de la conciencia», sin embargo, dada la condición pecadora del hombre, sucede, de hecho, que la conciencia moral humana padece muchas veces graves deformaciones. Y así sucede que certezas y convicciones morales objetivas sólidas, arraigadas con frecuencia en un ambiente de fe y buenos ejemplos, se ven gravemente afectadas por factores externos adversos. En la sociedad actual estos factores dicen relación directa con la deformación de las inteligencias y la correspondiente grave deformación de las conciencias.

En medio del deterioro moral y de fe que padece nuestra sociedad, incide con daño enorme sobre nuestros jóvenes una verdadera avalancha de subjetivismo, relativismo moral, escepticismo, etc., impulsada desde muy diversas partes, como ya lo hemos dicho: TV, prensa, textos de estudio, planes de enseñanza, política oficial del Estado, etc.; e impulsada como aquello «que se debe imponer».

Es urgente, pues, formarse con seriedad y arraigar, con el auxilio de la gracia de Dios, en toda clase de convicciones sólidas. En particular, al estudiar temas de filosofía, interesa formarse bien acerca de la objetividad de la moral natural y su maravillosa armonía con la moral revelada, todo lo cual niegan o relativizan todo este conjunto corruptor de tópicos y falsedades de que hablamos.

Otro motivo, puntual pero importante, que concurre con los anteriores para urgir al estudio de algunos elementos básicos de buena filosofía, es el mismo hecho de que gran parte de la juventud actual al estudiar en los colegios o Universidades, se les ha presentado ya toda suerte de planteamientos ideológicos, ante los cuales resulta, no sólo conveniente, sino muchas veces necesario, poseer desde estas edades algunas nociones de filosofía perennis, filosofía del ser, cuyo máximo exponente es Santo Tomás de Aquino.

*El sacrificio que exige estudiar estas cosas con seriedad se ve amenazado con frecuencia por la tentación de pensar que el error, como falsedad que es, carece realmente de fuerza, muere por su propia consunción y, por consiguiente, exime de ese esfuerzo de estudio, como si en realidad fuese superfluo.*

*Frente a esta tentación bastante común, debe recordarse siempre la actitud del Santo Doctor de Aquino ante el error. Nunca pretende ignorar o infravalorar su fuerza, como quien pasa de largo a su lado sin siquiera mirarlo. Por el contrario, se siente urgido frente al error, para combatirlo, justo porque reconoce la fuerza de la verdad y del bien en cuanto tales para ganar y captar la inteligencia y voluntad humanas. Pues —insiste de continuo Santo Tomás— el error y el mal, por lo que engañan y seducen, por lo que tienen fuerza, es justo por la parte de la verdad y de bien que asumen; sin ellas no dañarían.*

Cuando decimos que hay que formarse, nos referimos a la formación intelectual humana en el sentido más propio del término, es decir, a la que tiene por fin directo la mayor plenitud de la persona humana en cuanto tal.

Para alcanzar su fin último, su verdadera felicidad, es necesario que el hombre se forme en la fe, se instruya en la verdad por Dios revelada y encomendada a la Iglesia que, asistida por el Espíritu Santo, tiene por misión guardar y dar a conocer a todo hombre. Es necesario también para su fin último que se forme una conciencia moral recta, acorde con la moral por Dios revelada. Y, en coherencia con este fin más alto, según las disposiciones y circunstancias de cada uno, es importante también que la inteligencia natural se enriquezca con toda clase de conocimientos humanos. Y, en particular, con los que guardan relación más próxima con el fin último, mejor le sirven y con mayor vigor contrarrestan el influjo de errores y seducciones que de continuo acechan a la vida cristiana.

Dentro de la formación intelectual humana de un cristiano, para mejor servir a la fe y mantener la verdad revelada, ocupan siempre un lugar de primera importancia *las ciencias de la filosofía y de la historia*; «ciencias», en el sentido propio de conocimientos verdaderos. Estimo que de ordinario nuestros jóvenes, a partir de los 15 a 16 años, sí están capacitados para adquirir algunos elementos importantes de filosofía, por ejemplo, referentes a la objetividad del conocimiento, a la objetividad de la ética natural, a la soberanía de Dios sobre la sociedad y el hombre... Estimo, igualmente, que están capacitados para adquirir un conjunto de conocimientos de historia general, de historia de la Iglesia, y muchas veces de historia de su propio lugar, con los que puedan formarse una adecuada conciencia histórica que, por encima de deformaciones y mentiras repetidas, les oriente acerca del mundo y de la sociedad en que vivimos, reforzándoles, sobre todo, en la convicción de que la salvación, ya en este mundo, está en Cristo, y fuera de Él, en ninguna parte.

En el plan de Dios, la formación de la inteligencia humana es tanto más personal —de persona a persona— cuanto sus contenidos son más altos y necesarios al hombre. La revelación divina ha sido personal, por medio de profetas, patriarcas... Y, en la plenitud de los tiempos, por el mismo Cristo Nuestro Señor. La transmisión de la revelación ha sido ante todo oral: «Id y predicad». Y en la transmisión de esas verdades más decisivas para la vida eterna y la vida en este mundo, son los padres quienes ocupan de ordinario un lugar insustituible. No sólo engendran físicamente al hijo. Siguen generándolo durante años en su crecimiento y educación. Y están especialmente llamados por Dios a cooperar al nacimiento del cristiano por el bautismo y al crecimiento de esta vida de hijo de Dios por medio de su oración, sacrificios, ejemplo, palabra. Toda una paternidad continuada. Sin embargo, dado el estado de la fe de nuestros padres y de nuestras familias actuales, no debemos esperar de ellos esta formación. Tenemos que dársela nosotros.

La inteligencia tiene por fin propio alcanzar la verdad: su bien es la verdad, manifestar lo que las cosas son, y lo que son. El bien máximo y definitivo del conocer humano es la visión de los bienaventurados. En bien inmediatamente inferior, y que contiene como en germen a la visión de los bienaventurados, es el conocimiento por fe. Y por debajo, infinitamente por debajo de estos conocimientos del todo sobrenaturales, fines propios de la creatura sólo en cuanto redimida, está la gama o variedad de conocimientos naturales, aquellos que la inteligencia humana por propia constitución natural tiene como fines para alcanzar.

La razón proporciona lo que el Magisterio llama “**preámbulos de la fe**” —a los cuales ya nos hemos referido—, aquellos conocimientos de suyo racionales sobre los que se apoya la fe, y sin los cuales ésta resulta imposible. Preámbulos básicos de la fe son la existencia de Dios, la libertad del hombre, la inmortalidad del alma,... Sin estos preámbulos no puede haber fe. Si se niega cualquiera de ellos, es obvio que es imposible la fe.

Al afirmar lo anterior, no se pretende de ninguna manera equiparar los preámbulos de la fe con la fe misma: la salvación viene por la fe, no por asentir a los preámbulos. Esto es evidente. Por ejemplo: de mantener la verdad del principio de no contradicción no viene la salvación; pero —y esto es lo que ahora quiero volver a resaltar— si no se mantuviese la verdad de este principio, no habría modo de realizar acto alguno de fe. Por la razón no se llega a la fe, pues ésta es pura gracia, pero la razón es el sustento o sujeto adecuado puesto por Dios para recibir la fe.

Urge conocer la importancia de la buena filosofía, la grave necesidad de la filosofía de Santo Tomás. San Pío X advierte al respecto en la encíclica “Pascendi” que “el apartarse del Doctor de Aquino, en especial en las cuestiones metafísicas, no se hará nunca sin grave detrimento”. Por ello, para que la razón no se desvíe del fin que Dios le ha puesto —manifestar la verdad— y no contradiga la fe y la moral, sino que, al contrario, las sirva con vigor y eficacia, un Pontífice tras otro, en un testimonio abrumador de más de 600 años de insistencia —desde Juan XXII hasta hoy— han urgido la enseñanza y asimilación convencida de la filosofía de Santo Tomás. Él es el médico para la enfermedad que padecemos.

Lo anterior no significa, en concreto, que nuestros jóvenes deban emprender el estudio sistemático de la filosofía de Santo Tomás. Esto es otra cuestión, más particularmente vocacional. Pero lo que sí parece urgente es que se familiaricen con un conjunto de elementos básicos del pensamiento del Santo Doctor y que adquieran también algunos

conocimientos de historia de la filosofía para mejor advertir los presupuestos filosóficos de los que proceden muchas de las objeciones actuales a la fe y a la moral cristianas.

Vuelve de nuevo aquí a aparecer **lo urgente que es la filosofía de Santo Tomás, la “filosofía del ser”**. Sobre qué es la realidad de nuestro mundo y cómo debe ordenarse, se piensa hoy y se ha pensado siempre. No ha tenido otro objeto toda la Historia de la Filosofía, desde la Antigüedad griega hasta la Contemporaneidad. Cada autor de genio, no ecléctico, ha pensado siempre lo que las cosas son, lo que el mundo es —ha elaborado una metafísica— para, finalmente, concluir en cómo deben ser, cómo deben comportarse el hombre y la sociedad. Es decir, ha llevado a término su tarea de pensamiento elaborando una ética. Y la pluralidad de sistemas políticos del s. XIX hasta ahora, invariablemente se remiten a unos u otros filósofos del pasado como a la raíz originaria de su pensamiento.

Pretender que el pensamiento acerca del hombre y acerca de la conducta que le corresponde, por ser “metafísico”, es especulación sin sentido, equivale a afirmar aquello en lo que nadie en la realidad práctica de la vida cree: que nada en este mundo tiene sustantividad propia, que lo mismo da unas leyes que otras, que lo mismo da tratar a las personas de una manera que de otra, respetar su vida o no, que haya justicia o no, etc. Sea por inconsciencia, afectación pedante, ligereza, temor a proclamar la verdad, etc., pretender que las cosas pueden ser de cualquier manera, es algo que nunca llega lejos.

Ha llegado, en cambio, muy lejos en la historia moderna de Occidente, la tentación que parte de la verdad de que este mundo sí tiene sustantividad propia, y hace concebir que para afirmarla se ha de negar al Creador —como hace el ateísmo filosófico— o recortar sus atributos —como por diversas contaminaciones ha sucedido en la historia de la Iglesia en la modernidad—.

Todo el ateísmo filosófico a una —desde Spinoza hasta hoy— concluye que para que se reconozca la entidad del mundo, su grandeza, la dignidad del hombre, sus derechos, su libertad, su soberanía, etc., debe ser negada la existencia de Dios, ser personal trascendente al mundo. La exclamación blasfema de Nietzsche “hace falta que Dios muera para que el hombre viva”, compendia esta horrenda antítesis que se hace presente a lo largo de toda la modernidad contaminando innumerables formas de pensar y de vivir.

Desde esta perspectiva, la del ateísmo filosófico, no se contempla, por ejemplo, la grandeza del hombre por lo que es, por lo que tiene de Dios recibido, sino en tanto que se afirma a sí mismo frente a Dios, en la medida en que se “desaliena” de la fe y se afirma a sí mismo como “lo divino” (Feuerbach). De modo análogo, la libertad no es contemplada como “libre albedrío”, que nunca deroga la absoluta soberanía de Dios, sino como superación de la obediencia a Dios, como conquista de la conciencia humana que marcha en la historia hacia el reconocimiento pleno de la voluntad humana como “lo absoluto” (Hegel).

En la historia de la Iglesia, sobre todo a partir de la Revolución francesa, a partir del momento en que se erige como fundamento del orden social y político el principio de la soberanía del hombre, negando la de Dios, pretendiendo suprimirla, las tentaciones de acomodación o «adaptación», tal como hacen los católico-liberales han sido incesantes.

Entre los múltiples factores que han ocasionado en la Iglesia las numerosas pretensiones de conciliar lo inconciliable —la fe con la negación de la soberanía de Dios sobre la sociedad— debe señalarse en un lugar muy destacado la extendida desobediencia de largo tiempo atrás al mandato reiterado del Magisterio de que en los estudios eclesiásticos se siga a Santo Tomás, particularmente en los de filosofía. La “filosofía del ser”, que es precisamente la de Santo Tomás, dado que ya desde el punto de partida no abandona los datos que ofrece la realidad, es por lo mismo la única que permite considerar la realidad tal como es —con consistencia propia y creada— y no incurre en la conclusión de que para que la realidad creada tenga propia consistencia deba ser concebida como lo absoluto; en definitiva, como divina.

El olvido del ser en el punto de partida de la reflexión metafísica, y el posterior intento de reconocer consistencia a la realidad, conduce —y ha conducido históricamente— a los panteísmos. Pensemos cómo el abandono de la filosofía de Santo Tomás en los más de los centros de estudios eclesiásticos, ha conducido desde largo tiempo atrás, por ejemplo, a que para afirmar la realidad de la libertad humana se deba recortar, limitar, la soberanía divina. Para recorrer este camino se valieron de distintas filosofías pretendidamente cristianas o asumibles por la fe, hoy ya superadas. Pero la consecuencia está a la vista. El proceso no se detuvo y ha conducido —junto con otros, por supuesto, pero con contribución decisiva— a la afirmación panteísta de la soberanía del hombre sobre el mundo que inspira y sustenta la democracia atea contemporánea, que ejerce la hegemonía política en nuestro occidente post-cristiano

Este escepticismo “no humilde” —“que no calla”—, y que afirma que no hay Dios, tiene en realidad por base otro pensamiento que el escéptico, aun cuando no se formule de modo explícito tal pensamiento, ni lo advierta la misma persona que se declara escéptica. Reflexionemos acerca del escepticismo radical que “sabe que Dios no existe”, porque Dios no aparece ante la inteligencia del hombre como objeto inmediato de la misma. ¿Cómo se puede hacer esta afirmación de modo coherente sin que la conciencia humana se afirme a sí misma como lo absoluto? En Historia de la Filosofía se estudia cómo en la base del ateísmo filosófico contemporáneo está la *pérdida de la conciencia de finitud del hombre*; pérdida progresiva durante los siglos de la modernidad, que ha conducido a la convicción “prefilosófica” (= previa a todo discurso o reflexión filosófica) de que “lo que el hombre no sabe, no es”. Sólo desde el “voluntarismo absoluto”, que pretende que las cosas no son lo que son, sino lo que se quiere que sean, se explica esto.

Comparemos la actitud anterior, propia del ateísmo “filosófico”<sup>16</sup> contemporáneo —Hegel, Comte, Feuerbach, Marx, Nietzsche, Sartre...— con la del agnosticismo que dice que desconoce la existencia de Dios, pero que puede que exista (agnosticismo “humilde”).

De hecho, el nominalismo contribuye al escepticismo, y no viene mal hacer una referencia al contexto histórico en el que nace el nominalismo de Ockham. En el siglo XIV, uno de los factores básicos y más significativos de la gran crisis de la Edad Media que entonces se produce, es —en el campo filosófico— el “olvido del ser” en la reflexión sobre lo que es el

---

16 Decimos “ateísmo filosófico”, empleando el término usual con el que se distingue el ateísmo de “los filósofos” o “ateísmo especulativo” del “ateísmo práctico”, con el que se designa más bien la actitud por la que, “en la práctica”, se prescinde de Dios, hasta el punto de no hablar de él, ni siquiera negar su existencia. Pero por lo que venimos diciendo, bien puede verse qué tiene de verdaderamente filosófico este ateísmo “filosófico”.

pensar. Olvido, muchas veces, no expreso, pero que de hecho conduce progresivamente a la llamada “escisión ser—pensar”.

Después de las grandes síntesis medievales, después sobre todo del decisivo aporte del pensamiento de Sto. Tomás(1225—1274), se impone rápidamente, en menos de 30—40 años, en el mundo de las universidades del Occidente cristiano, la “escisión ser—pensar”, la comprensión —desde distintos presupuestos filosóficos— de que el pensar es de alguna manera extraño al ser, como si el pensar no estuviese constitutivamente ordenado al ser, a manifestar lo que es. Esta comprensión del conocer humano como algo inadecuado y heterogéneo para con las cosas, obviamente, conduce a negar el valor de los “universales”, a negar que la mente puede manifestar lo que las cosas son. Conduce, pues, al escepticismo.

Esta comprensión devaluada de lo que es el conocer humano, ha llevado históricamente, en la Inglaterra del XVII—XVIII, al idealismo empirista de Hume y, finalmente, como culmen, al idealismo de Berkeley, que afirma que si no fuese por la Revelación, no sabría ni siquiera si el mundo existe. Para Berkeley, lo único que el hombre conoce son sus propias percepciones sensibles, sin ninguna referencia a algo distinto del propio psiquismo, sin ninguna referencia al “ser” que existe fuera del alma (e igualmente, sin referencia al propio “ser”, sin conciencia de identidad, sin saber que “yo soy yo”).

Según lo anterior —según el idealismo empirista— el psiquismo humano sólo halla en sí “ideas” sin referencia alguna al mundo extra—psíquico; y, por lo mismo, cuando trata de referirse a la realidad exterior, no puede hacer otra cosa que emitir elucubraciones y puras opiniones, con más o menos probabilidad de acierto.

Normalmente, los escépticos reducen el campo de las certezas a las “ideas” de pesos, números y medidas, experimentalmente verificables<sup>17</sup>; pero, de todo aquello que trasciende a este ámbito —cualquier juicio de valor o apreciación sobre la bondad, justicia o injusticia de un acto...— afirman que no puede saberse nada, que no se puede ir más allá de la mera opinión.

## **NOTA SOBRE EL “SUBJETIVISMO”**

En conversación corriente, se entiende por “subjetivismo” —se dice que tal forma de pensar o de valorar unos hechos, se resiente o está afectada de “subjetivismo”— la deformación que produce en el pensamiento de un sujeto el excesivo influjo del mismo sujeto —sus circunstancias personales, inclinaciones, pasiones, intereses, deficiencias de formación...— con la consiguiente pérdida de objetividad en sus juicios y criterios.

---

<sup>17</sup> Es decir, reducen el operar de la inteligencia a sólo el “segundo grado de abstracción”; no reconocen valor a los universales (1º grado) ni reconocen certeza a los conocimientos metafísicos (3er grado). Así, supongamos -y el ejemplo no es invención-, que se pretende elaborar una síntesis sobre el pensamiento de Pío IX y sus más graves preocupaciones acerca de la Iglesia y el mundo, y el método arbitrado fuese tomar los escritos del Papa y constatar cuántas veces aparecen los términos “infalibilidad”, “liberalismo”, “mundo moderno”... para evaluar cuáles eran, y en qué orden, sus principales preocupaciones. ¿Qué comentario se nos ocurre hacer, cuando escuchamos que esto sí que es una tesis “científica”?

Como defensa o justificación del subjetivismo, suele presentarse el conocido tópico<sup>18</sup>: “las cosas no son ni blancas ni negras, sino del color del cristal con que se miran”.

De suyo, etimológicamente, “subjetivismo” es valoración exagerada del sujeto. Y “subjetivismo cognoscitivo” —que es de lo que se trata aquí— es valoración exagerada de la primacía que el sujeto tiene sobre el objeto en la formación del conocimiento del objeto. Es cierto que la iniciativa —y, por ello, la primacía— en la formación del conocimiento la tiene el sujeto, pues él es quien forma en sí la noticia o conocimiento del objeto —y no el objeto—, pero no con independencia del objeto o como si la verdad del objeto, antes que en el objeto, estuviese en el sujeto y éste es quien se la da<sup>19</sup>.

Fácilmente advertimos el escepticismo y relativismo al que conduce una exageración o deformación como ésta. Pero importa que nos percatemos de que hay otra consecuencia de signo contrario y que más directamente<sup>20</sup> deriva del “subjetivismo”: el “idealismo metafísico”, que también podemos llamar “ideal—realismo”, el que tiene a Hegel como máximo representante.

Así como, por poner un ejemplo, se dirá, desde una perspectiva escéptica, que no se sabe si el matrimonio debe ser indisoluble; desde una perspectiva idealista, se dirá que se sabe, sin asomo de duda, que en nuestro tiempo debe ser disoluble, que va contra “el espíritu de nuestro tiempo” la indisolubilidad, que toda pareja debe asumir el “espíritu”, “superar el espíritu de otras épocas”.

¿Sabríamos poner de manifiesto dónde está el “idealismo” —de suyo, metafísico— en la manera anterior de razonar? ¿Qué relación apreciamos entre el idealismo y el platonismo? ¿Qué consideración se tiene en este caso de la voluntad concreta de las personas y, de lo que es más radical, del ser de las personas, tal como Dios las ha hecho?

Otra cuestión similar: ¿cómo sabe un marxista —y, en general, un materialista— que las necesidades materiales económicas son las que determinan necesariamente la conducta de toda persona, aun cuando ella piense lo contrario, piense que actúa por otros móviles? (piénsese, por ej., en el caso del misionero que se desprende de tantas cosas...)

Los ejemplos anteriores deben ayudarnos a caer en la cuenta de que este “subjetivismo” no es ninguna exaltación del individuo —un individualismo— sino lo contrario: *verdadero suicidio del individuo* en lo que se refiere a su entendimiento. Pues, este “subjetivismo” —el subjetivismo idealista o idealismo metafísico— no es ningún sistema que esté invitando a la anarquía intelectual —a que cada uno piense acerca de la vida y del mundo lo que se le ocurra; esto es, más bien, propio del escepticismo— sino que se presenta como aquello que

---

18 “Tópico”: algo que no es verdad, pero con mucha frecuencia, en muchas partes, se afirma como si fuese verdadero.

19 La primacía del sujeto en la formación del conocimiento no es absoluta, primacía del sujeto en cuanto sujeto -como pretende el idealismo absoluto de Hegel, pues es un voluntarismo absoluto- sino en cuanto ser, en cuanto ente que tiene el ser recibido de Dios y ordenado a manifestar en su entendimiento la verdad de las cosas.

20 La consecuencia más genuina y directa del “subjetivismo” en la historia -lo mismo si nos referimos al subjetivismo del siglo XIV, antes aludido a propósito de la Edad Media (pág 11), como al subjetivismo de Descartes (1596-1650) que le sucede- no ha sido la consecuencia escéptica (la del empirismo inglés, positivismo, etc.). El genuino heredero del subjetivismo, reconocido como tal, no es la consecuencia escéptica sino la contraria, la que pretende, en definitiva, que lo sabe todo (racionalismo del XVII-XVIII e idealismo metafísico del XIX-XX), la que como ninguna otra corriente filosófica ha configurado lo que entendemos por “mundo moderno de Occidente”.



debe ser asumido por el individuo, aquello de lo que debe “concientizarse” para que el “espíritu” se haga en él consciente. Este espíritu, al presentarse a sí mismo como “lo absoluto”, “lo incondicionado”, exige que toda convicción verdadera —fundada en el ser de las cosas, sobre las que se tiene esta convicción, y en el ser del conocimiento, ordenado por Dios a manifestar en sí la verdad— desaparezca. Exige, por tanto, que la inteligencia humana se niegue a sí misma, niegue hasta sus convicciones más verdaderas y espontáneas, como son las de la conciencia moral natural, para que en su lugar se imponga el “espíritu”, la “ideología”.

Un término muy común, al que se alude en sentido peyorativo con frecuencia en los documentos contemporáneos del Magisterio de la Iglesia, es el de “ideologías”. Así, por ejemplo, se habla de la “falsedad de las ideologías”, de la “tentación de las ideologías”, de “la reducción de la fe a ideología”... Cuando se habla de “ideología” en este sentido, se expresa lo mismo que aquí con los términos “idealismo”, “subjetivismo idealista”, “idealismo metafísico”... en cuanto que son sistemas que pretenden que lo que la realidad<sup>21</sup> es no tiene fundamento en la misma realidad sino anterior (metafísicamente anterior), en el “espíritu”, que explica, dice, lo que la realidad es y debe ser.

## CONCLUSIÓN

El P. Prior de María Medianera solía preguntar acerca de cuáles eran las tres personas más importantes en un Monasterio. A todos se nos venía a la cabeza el siguiente orden: El Superior, el Maestro de novicios y el Ecónomo, o algo más o menos por ahí. Él replicaba: el más importante es el Maestro de Coro, porque si el canto anda mal, si el Oficio divino no se reza bien, toda la vida de una comunidad es un desastre. El segundo más importante, según decía, era el cocinero, porque si la comida no es buena, la salud de los hermanos se reciente, y pasa lo mismo, la vida monástica no puede vivirse bien; y, recién en tercer lugar ponía al Superior.

Este razonamiento no deja de tener su buena parte de razón. Siguiéndolo, pregunto yo ahora después de todo lo que hemos visto: ¿Cuál es la persona más importante en un Seminario? ¿Qué papel debe tener en un Monasterio cualquiera el monje o la monja preparada especialmente en una comprensión suficiente de filosofía como para poder rectificar la enfermedad del entendimiento de los que llegan, de los candidatos? ¿Y qué lugar queda para un profesor de historia, tema que merecería un trabajo paralelo a este? La respuesta que la dé cada uno, especialmente los responsables de tomar las decisiones, de cara a Dios.

Yo concluyo diciendo simplemente que quien no le da importancia al estudio de estas materias básicas en el orden de los fundamentos, no entiende por dónde van los problemas y por dónde debemos esperar, con la ayuda del Señor, la verdadera

---

<sup>21</sup> Al decir “realidad”, nos referimos sobre todo a la realidad de la sociedad, de la familia, del matrimonio, del hombre, etc. en sus dimensiones más radicales, aquéllas que sólo se captan por conocimiento metafísico. No nos referimos -y los idealismos difícilmente hacen cuestión de ellas, eluden la cuestión, aparte de por su menor importancia, por lo absurdo que entonces aparece con toda patencia su sistema- a las realidades que son cognoscibles por simple aprehensión (una silla, una mesa, etc.) o por 2º grado de abstracción (pesos y medidas).

*«Donde reina la verdad es ley la caridad» San Agustín*

renovación y reforma querida por Dios, que se aguardaba, y que yo pido al Señor, después de la celebración del Concilio Vaticano II.

**U.I.O.G.D.**